

Bosque bonsái

JULIO ALMEIDA*

La Universidad, tal y como hoy se presenta fuera de España más aún que en España, es un bosque tropical de enseñanzas. (...) No hay más remedio que volverse ahora contra esa inmensidad y usar del principio de economía, por lo pronto, como un hacha. Primero, poda inexorable.

Ortega, *Misión de la Universidad* (1930), OC, IV, 332.

Una ceguera pertinaz impidió hace algo más de un decenio entrever la sobrecarga que se echaba sobre los estudiantes cuando desde arriba, primero, y desde cada Facultad o Escuela, después, se (des)organizaban cursos que oscilaban entre 60 y 90 créditos; esto es, entre 600 y 900 horas lectivas. A lo largo de treinta semanas, eran entre 20 y 30 horas semanales que no contaban el estudio subsiguiente. La ceguera colectiva venía de atrás: de los propios estudios de los

profesores en activo, desmemoriados o resentidos, e incluso de una enseñanza media sobrecargada de antiguo en menos días lectivos de lo conveniente; por lo pronto sin igualar su calendario con la enseñanza primaria, como acontece por ahí fuera. Se pensaba que había que “subir los niveles de exigencia” con asignaturas infinitas —troncales, obligatorias de universidad, optativas y de libre configuración—, pero el tiempo no ha tardado en hacer justicia. Yo creo que los niveles bajan precisamente por la sobredosis administrada en tan pocos días, aunque también por otras concausas: nuestros alumnos ya no vienen preseleccionados de algún modo (por sí mismos, en primer lugar), sino todo lo contrario, en multitud indiscriminada y muchos tan refractarios como un ladrillo; no vienen solo de clases medias, sino de medias bajas, lo que está bien, pero con frecuencia les han infundido más derechos que deberes, lo que no es de recibo; sus progenitores trabajan en horarios rarísimos

* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

y prolongados y entrambos se olvidan de su prole, que devora telebasura indigesta desde los años más tiernos; etcétera.

En 1930, Ortega escribió lo que copio arriba: la universidad se ha convertido en un bosque tropical de enseñanzas y hay que podar. (Sobre las ideas pedagógicas del filósofo escribí en el número 14 de *Cuenta y Razón*.) Y el nuevo sistema de créditos acordado en Bolonia (ECTS, *European Credit Transfer System*) quiere poner orden para 2010, lo que en España viene a pedir de boca, porque el desmadre ya no se le oculta a nadie. Ciertos cálculos estiman que una tercera parte de las asignaturas actuales son ampliaciones o repeticiones de materias fundamentales; es decir, se han multiplicado los entes sin necesidad, y esas superfetaciones de pitiminí han impedido el estudio sosegado de lo principal.

Cuando se pusieron manos a la obra de organizar las carreras vigentes, el Boletín Oficial del Estado sentó las bases de lo que luego resultó un certamen de despropósitos: hay materias troncales comunes, troncales de especialidad, etc., etc. Varios etcéteras, porque a continuación iban las asignaturas obligatorias de universidad y aun las optativas y las de libre configuración, con las cuales, en desproporción variable (según las manos que se metieran), se podía llegar a 90 créditos, a 30 horas semanales, a un total inadmisibles. Con astucia contraproducente, por aquello de que nadie iba a ser menos, las carreras se sobrecargaron sin piedad, se infatuaron sin sentido común. Se sobrecargaron, además, proponiendo e imponiendo materias de muy pocos créditos, con lo que el bosque delatado por el filósofo creció hasta convertirse en una selva inextricable en la que ni los mejores estudiantes sabían orientarse ni, llegado el caso, podían digerir su parte alícuota. No hace mucho se estableció que las asignaturas tuvieran un mínimo de 4,5 créditos, lo que fue un pequeño paso inteligente, como alguna otra norma; hubo una reducción, pero el mal estaba hecho y el arreglo no bastaba. Recomendar acercarse a los 60 créditos y olvidarse de los 90 demenciales, era predicar en el desierto y exponerse a las

sonrisas o a los enfados de tirios y troyanos; era cuestionar a las autoridades que iban incoando los desmanes. (Léase *Obediencia a la autoridad*, de Stanley Milgram, donde se demuestra experimentalmente con qué facilidad hombres normales son capaces de torturar a otros... obedeciendo órdenes.) Casi no sorprenden las torturas infligidas a los prisioneros iraquíes. A mí me bastan los comentarios que de cuando en cuando manifiestan en privado algunos colegas hablando de sus hijos, estudiantes en otras universidades españolas. Y así, como se mantiene limpia la casa y se ensucia la calle, cada uno quiere planes lógicos y accesibles para sus hijos, mientras organiza la inflicción de tortura para los demás. No es justo.

Muchos profesores no ven con buenos ojos las asignaturas cuatrimestrales. Aquí no funcionan, afirman con tranquilidad, como si España fuera diferente. Pero las cuatrimestrales no están funcionando porque son demasiadas; son diferenciaciones que ponen algunos. Como las optativas y las de libre configuración proliferan en torno a un currículum que ya basta y sobra para el estudiante medio, se ahoga a las troncales, se atosiga a los estudiantes y se deteriora toda la organización. Anuales o cuatrimestrales, las asignaturas irán tan bien como en Estados Unidos o en Alemania cuando no haya tanta espesura y cuando —por lo mismo que son demasiadas— no se reserve tanto tiempo a los exámenes; adviértase que toda esa sobredosis se despacha en cuatrimestres breves: la combinación es mortal. El universitario de hoy no tiene tiempo ni de valorar la redacción, y la ortografía y la caligrafía le parecen por lo general antiguallas prescindibles. Dio en la diana, como solía, Fernando Lázaro cuando apuntó su último dardo en febrero de este año: “Quien hoy en el uso público del idioma no suscita disensiones parece extraño, excepcional. Lo habitual es la prevaricación: quienes la practican son tropel”. Así es, pero ¿es inteligente la organización?

Tenemos seis años para reorganizar nuestras carreras, seis años para podar nuestros planes exuberantes y reducirlos a 60 créditos creíbles

que permitan holgura para leer y pensar. Y hay más. Hasta ahora un crédito ha contado como diez horas de clase, que ocupaban casi todo el día hábil, pero el alumno ¿cuándo y cuánto estudia? Es decir, si 60 créditos significaban 20 horas semanales —cantidad sensata que ya hubiéramos querido—, ahora toca hacer las cuentas de otra manera. Empezamos a comprender que cada hora de clase conlleva mucho trabajo anejo; un crédito ECTS equivale a 25 horas de trabajo en total (no 10 lectivas, como antes). Ahora sí. Considerando que el estudiante ya no es un escolar, sino un adulto responsable, como observa Jaspers, cabe suponer que procederá con cuenta y razón. Y solo una pequeña parte del crédito será *presencial*, como ya solemos decir: alumnos con profesores. Lo más importante, en cantidad y calidad, será el trabajo personal —a solas o en equipo— del estudiante. Ya veremos.

Y que los excesos tampoco son de ahora, lo sabe cualquiera que tenga memoria. En otros países no estudian tantas cosas, pero naturalmente dominan lo poco que manejan y disfrutan, además, con algún *hobby* que se busque cada uno. Pensemos en Estados Unidos. “El estudiante americano ignora, en efecto, muchas cosas que simplemente no ha cursado —escribe Julián Marías en 1956—; en ocasiones nos parece absurdo que no lo haya hecho, por supuesto. Pero lo desusado es que no tenga la menor idea de las materias que ha estudiado, cosa tan frecuente en otras partes” (*Los Estados Unidos en escorzo*; en *Obras*, III, 415). No señalemos a parte ninguna.

En fin, esa poda que deseamos y esperamos, puede hacerse bien o mal, como siempre. Sin duda deben suprimirse con urgencia materias optativas y superfetatorias que estorban el estudio de las fundamentales. Pero ante el temor de no saber por dónde cortar, una opción surrealista va a achicar cuantas barbaridades se establecieron en su día; es decir, de momento vamos a cohonestar el yerro dividiendo por un “coeficiente de transformación” para que resulten los 60 créditos acordados en Bolonia. De momento. Como aconseja el conde famoso, si antes la

acertamos mal, *defendella*, y *no emendalla*. Experimentalmente se va a hacer en algunas Facultades el año próximo (y por eso escribo esta nota), pero ya sabemos que muchas experiencias piloto terminan consolidándose, y entonces nuestro imponente bosque tropical pudiera devenir en bosque bonsái. No sé qué pensará el lector. A mí esas figuritas me dan pavor, y creo que lo que conviene es cortar por lo sano para organizar unas cuantas materias principales; y por lo pronto, aumentar las asignaturas todas al mínimo de 6 créditos (4,5 es tamaño bonsái), y dejarse de florituras; las florituras, que las elija personalmente cada alumno. Y tampoco sobrarán profesores, como se ha dicho con pesimismo, aunque descargar los cursos redundará en ellos favorablemente. Piénsese en los años (o cuatrimestres) sabáticos, un derecho y un deber que apartarían de la docencia, constantemente, a ¿un séptimo?

Queda la gran cuestión, que podrá estorbarse o facilitarse. Así los profesores como los estudiantes, ¿sabremos trabajar del nuevo modo? Ya don Francisco Giner había preguntado y respondido: “¿Quién cuida de la formación del profesorado universitario? Nadie.” En 1906, el joven Ortega empezaba un artículo en *El Imparcial*: “Los españoles no creemos en la educación, y si [se] llega a mentar la ciencia de la educación y hablamos de *pedagogía*, sonreímos los más como si escucháramos una discusión sobre el agua inmortal de Paracelso... y un tanto impulsivos, pensamos: Pedagogía, Pedantería” (*Cartas de un joven español*, pág. 711). En la citada *Misión de la Universidad* echa de menos una metodología de la enseñanza superior. “Hoy falta por completo, aunque parezca mentira, una pedagogía universitaria.” Y no hace mucho, con inteligente sorna, Pierre Bourdieu ha precisado en *La distinción* que molesta a los estetas la pedagogía. Contra toda ciencia social, niegan algunas personas elegantes que la elegancia pueda enseñarse y aprenderse; la consideran, a la antigua usanza, mero desarrollo de genes dados que no habría que trabajar con paciencia. Entonces, ¿dónde queda la educación?, ¿dónde la venerable *paideía*? Porque, más que genes

elegantes o chabacanos, hay cultivo y disciplina: *disciplina*, palabra vitanda. La chabacanería y la elegancia —como el tabaquismo y la lectura, como todo— se eligen y se fabrican en los lugares adecuados. Por extraño que parezca, muchas personas prefieren la chabacanería. Por insólito que suene, no pocos estudiantes han hecho voto de ignorancia y, exentos de *libido sciendi*, vírgenes como niños, duchos en el arte de no estudiar, vienen a *desencontrarse* con el profesor, cuyo discurso no les interesa. Desencuentro aprendido, claro.

Finalmente, una mínima cautela. En España tenemos menos tradición escolar que en otros países, donde ya los abuelos fueron a la escuela, donde los padres en su mayoría han concluido estudios secundarios y todo el mundo entiende la necesidad de sosiego para estudiar. Pero como los pisitos de nuestras ciudades son casi discotecas y se vive más fuera que dentro del hogar; como el ruido parece haberse instalado en nuestro país, donde el acoso musical suele justificarse como si los españoles fuéramos sordos, habrá que seguir reclamando no solamente el cuarto propio que quería Virginia Woolf, sino el cuarto silencioso (con permiso de los arquitectos), el derecho a la soledad. Adviértase que si en otros países europeos el derecho al silencio está más reconocido y ni se dan cuenta del mismo, en España no es tan fácil encontrar el sitio tranquilo. Y es que se forma un talento en la calma, según dice Goethe: *Es bildet ein Talent sich in der Stille*. Por lo demás, Cervantes alaba en el *Quijote* el maravilloso, el sosegado silencio. Así, poco antes de que don Quijote y Sancho den con la iglesia, “estaba el pueblo [el Toboso] en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse” (II, 9).

El silencio —la soledad sonora del poeta— es condición de la posibilidad de estudiar, de que el esfuerzo cunda. Pues bien, la nueva manera de trabajar que la eurocredibilidad exige, será muy difícil si no se bajan los decibelios.